

CHILINDRÓN Y LA EDAD DE LOS PORQUÉS

Cuando Chilindrón iba camino de la escuela, vio un cartel precioso que anunciaba un coche. Era una berlina negra de alta gama. Delante de la puerta del conductor se veía un niño rubio, con gafas redondas y cara de listo. Llevaba una bata blanca de laboratorio, un jersey de pico y una pajarita. El niño pregunta ¿POR QUÉ EL SEAT LISZT ES EL COCHE DEL AÑO? A su lado una señora rubia muy elegante mira por la ventanilla el interior del coche. Tiene los ojos muy abiertos y se lleva las manos a la boca como diciendo OH. Detrás del capó, de pie, un ingeniero joven, también con bata blanca y pajarita, explica PORQUE... El caso es que el científico y el niño se parecen mucho, como si fueran la misma persona con edades distintas. Todo el cartel está rematado con la frase SEAT LISZT, LA EDAD DE LOS PORQUÉS.

Chilindrón pensó que él, de mayor, conduciría un coche como ese. Así que se haría chófer para llevar a la gente guapa de un sitio a otro. Sarita Stone, Lady Gaga, las Azúcar Moreno se montarían en su coche por la puerta de atrás. El miraría desde el espejo retrovisor los ojos de las divas y le dirían, por ejemplo: “Lléveme usted a la 43 esquina con la 5...Estudios Record Music...” Todas estas cosas, el artisteo las diría en inglés de Jolivud que es más sencillo que el de aquí, que enseñan en su escuela. Pero Chilindrón pensó que las calles de Nueva York no tienen nombre y con tantos números, acabaría perdiéndose. ¿La séptima con la octava? ¡La 23 con la catorce! Un verdadero y embarullado lío. Entonces Chilindrón pensó que traía más cuenta ser ingeniero, científico para hacer coches como ese y todavía más bonitos. Él los haría eléctricos, o mejor de agua o de sol, que no gastan nada y son además más baratos y modernos. Sí; él de mayor, sería científico, aunque no tuviese gafas redondas, pajarita ni bata blanca. Eso no es lo importante. Lo que de verdad cuenta es aprender mucho, hacerse muchas preguntas para encontrar las respuestas. Sólo así, preguntándose y volviéndose a preguntar, él se convertiría en un verdadero sabio con las respuestas adecuadas.

Al día siguiente, al levantarse temprano, observó que en el cielo ya había claridad, pero el sol aún no había salido.

--Mamá, ¿Por qué en el cielo hay claridad si el sol aún no se ve?

-Porque la luz corre más que los cuerpos sólidos y porque la tierra, al ser redonda, a sí misma se tapa el sol al girar sobre su eje. ¿Lo entiendes, niño?

-Ah, claro. Pues sí.

Mientras se lavaba las manos, Chilindrón preguntó:

-¿Por qué el agua se va por el sumidero en el sentido de las agujas del reloj?

- A ver niño, en las antípodas el agua se va en sentido contrario. ¿Sabes que son las antípodas?

-Sí, Oceanía.

-Pero a ti ¿qué te pasa? Hoy no te quejas del agua fría...



Ya en la cocina, mientras desayunaba Chilindrón siguió con sus porqués

-Voy a ser científico, un sabio. Mamá, necesito una bata de laboratorio y una pajarita para los experimentos. Mamá, ¿por qué la leche borbotea y echa humo antes de hervir? ¿Por qué la leche es blanca? ¿Por qué el cola cao se disuelve mejor en leche caliente que en fría? ¿Por qué la leche se enfría? ¿Por qué todo tiende a enfriarse? Eh, mamá.

-Pero, nene, no todo se enfría. Tú me estás poniendo la cabeza bien caliente con tantas preguntas.

Ya iban andando por la calle, camino del colegio. Pasaron por el anuncio del coche y la madre se fijó en el cartel.

-Vamos a ver: Conque tú necesitas una bata y una pajarita... ¿Por casualidad no serán parecidas a las que lleva el niño del coche?

-Mamá, ¿por qué las madres lo saben todo? ¿Por qué los pensamientos corren como una chispa de un cerebro a otro? ¿Por qué...

-En fin, que lo que tú quieres decirme es que te gusta la señora rubia del cartel.

Chilindrón se detuvo de pronto. Miró muy serio a su madre, y se retiró unos pasos para verle mejor la cara.

-Yo no tengo ojos más que para ti. Eres la madre más guapa que he visto.

-¿Sí? La madre puso cara de sorpresa, pero le gusto mucho lo que el nene le dijo.

-¡Niño zalamero...!

En esto que pasaron por el escaparate del bazar chino. De vez en cuando ocurren estas casualidades: allí, puesta sobre una balda, estaba la misma pajarita que llevaba el niño del anuncio. Del mismo color, la misma tela, el mismo tamaño... ¡La misma!

-Vamos a pasar un momento, que te la compro...

Porque la verdad es que a la madre le había impresionado aquella solemne declaración de su hijo. Levantó a Chilindrón el cuello de la camisa y se la puso con mimo. Le dio un beso largo en la frente.

-¿Cuánto es?, preguntó al chino.

-No, no, señola. Hoy la pajalita es de gratis..., porque el chino sabía que aquella pajarita era una prenda de amor.

Salieron a la calle y se confundieron entre la multitud de otros niños y otras madres que iban al colegio. Pero ya no eran dos más entre tanta gente: un niño del montón y una madre corriente. Caminaban uno al lado del otro. Se tenían, se querían. Ya eran mucho más que dos. Chilindrón estuvo muchas semanas sin quitarse la pajarita y sin dejar de preguntar por qué, por qué, por qué. Al fin y al cabo -pensaba su madre- siempre es mejor la edad de los porqués que la edad del pavo. Desde luego, aquel beso no lo hizo ni más listo ni mejor. No dejó de dar la brasa con sus preguntas. Pero aquel mismo día, en el recreo, marcó un gol de pajarita. Y mientras corría por el campo celebrándolo, pensó que seguramente a su madre le hubiera gustado verlo.